

Recuperación unamuniana*

Sucesivas entregas de artículos salidos de la pluma de Unamuno, que andan desperdigados aquí y allá, van permitiendo reconstruir una figura intelectual que, si no deformada, sí incompleta, camina desde hace tiempo por estudios bibliográficos, semblanzas y otros avatares. No va a ser fácil desdibujar el perfil de un Unamuno agónico, caballero del espíritu, santón laico que, de manera casi exclusiva la posteridad ha ido trazando de él.

Esta generosa colección de artículos, que con tesón y no pocas dificultades, los profesores Diego Núñez y Pedro Ribas han perseguido por lugares a veces insospechados contribuirá, sin duda, a evocar la figura de un personaje que, al tiempo que escribía *San Manuel Bueno, mártir* o *La agonía del cristianismo* clamaba, desde su retiro salmantino o encaramado a las cumbres de Gredos o de los Picos de Europa contra la irresponsabilidad de la Corona que, oficiando de comparsa del imperialismo alemán, había embarcado al reino en la insensata aventura de Marruecos contra el sentir de la nación y llevado al ejército al desastre de Annual.

La requisitoria va más allá del infortunado incidente y solicita, con un arrojo inusitado en una España obnubilada, si no cobarde e irresponsable, la simple y pura desaparición de la monarquía. Veía el traspies de Marruecos como el último episodio de una larga cadena de desventuras a cargo de una institución que el viento de la historia había vuelto caduca, pernicioso, y que la nación ni deseaba, ni apoyaba, ni necesitaba.

Vio claro, como pocos veían entonces, que desde hacía más de un siglo había sonado para Europa la hora del

republicanismo, al que no podían servir siquiera ficciones tales como las de república coronada. Nada podía ya detener a los pueblos en su determinación de gobernarse a sí mismos a través de su representación en el órgano que compendia la fórmula política de la modernidad: el parlamento. Al revés que tantos otros que, ante la corrupción de éste —diputados que son accionistas de compañías estatales o altos funcionarios públicos— y, sobre todo, ante las limitaciones de su soberanía, ante su escasa operatividad e, incluso, ante la pérdida de credibilidad que le afectaba ante la nación, se lanza a una defensa cerrada del mismo, denuncia a los falsos republicanos o desenmascara de manera implacable los discursos de los políticos de turno.

Los artículos que conciernen a sus convicciones sociales y políticas constituyen la parte más extensa y, a la vez, más significativa de este florilegio. Podemos recorrer a través de ellos —y de tantos otros ya anteriormente recopilados— las vicisitudes de un pensamiento que, desde las primeras intervenciones juveniles en la prensa bilbaína y su posterior militancia en la Asociación Bilbaína, da un viraje, a raíz de su crisis espiritual de 1897, hacia esa su postura intimista y agónica que ya no le abandonará. A través de estos artículos queda claro que, pese a ese viraje, jamás abandonó la arena política, y, si bien su socialismo posterior entra en contradicciones con sus asunciones juveniles —la crisis finisecular del positivismo en el que había buscado apoyo científico el socialismo tendrá mucho que ver en ello— nunca dejará de ver en el socialismo el método para hacer entrar a España en la vía de la justicia y de la modernidad. Esa insistencia en el carácter exclusivo de método que el socialismo tiene le pondrá a buen recaudo de cualquier dogmatismo, al tiempo que descalifica a quienes lo califican de vaporoso, idealista o desviacionista. Esa fe nunca desmentida en el socialismo se afianza a raíz de la huelga general del diecisiete que, promovida por los socialistas, les abrirá, por fin, las puertas del parlamento.

En la Introducción, minuciosa y perfectamente documentada de los compiladores, se advierte al lector de esa fidelidad al núcleo del socialismo que Unamuno ve,

* *Unamuno, Miguel de: Política y filosofía. Artículos recuperados (1886-1924). Recopilación y estudio introductorio de Diego Núñez y Pedro Ribas. Fundación Banco Exterior, Madrid, 1992.*

por una parte, como heredero del liberalismo que arranca de la Reforma y del desarrollo, sobre todo, del comercio, y por otra, especialmente en los últimos años, como asociado programáticamente a éste, del que es su coronación y su fin. Ve don Miguel la lucha de clases simplemente como un fenómeno histórico, no como un toque de arrebato a la confrontación social, y al socialismo no como un banderín de enganche para el aniquilamiento de las clases antagonistas, sino como el método único para configurar un tipo de sociedad del que todos saldrán beneficiados. De ahí su defensa de la representación por partidos políticos contra los manejos de quienes propugnaban otro tipo de representación, sin duda interesada. De ahí también su crítica del confuso concepto de clase.

Tras todo ello se adivinan sus sólidas lecturas, de las que a veces da noticia, su intervención activa en la política de la pequeña ciudad provinciana al lado de los ferroviarios o como concejal, sus campañas en medio de los campesinos, sus múltiples conferencias, y junto a todo ello, su actividad de escritor al que solicitan con no menor violencia las cuestiones del espíritu.

Pero en estos artículos, a pesar del subtítulo que les han dado los compiladores, está también el Unamuno de la ironía un tanto socarrona, el novelista de garra que se deja ver en breves relatos, no menos que el poeta sensible y el humanista de erudición bien templada.

Manuel Benavides Lucas



Escribir en carne viva

Unamuno escribió siempre en carne viva, con su yo por delante y los fondos de su inconsciente a flor de piel, a poco que se le despoje de la racionalidad lingüística de su discurso, más bien escasa. No hay en toda la literatura castellana, ningún escritor que haya exhibido una sinceridad tan transparente, a pesar de las inevitables opacidades del lenguaje. Todo él estaba entero en cada libro, en cada párrafo y en cada palabra; todo él era exterioridad-interioridad, con una especie de impudor que hacía pasar su interior como si fuera exterior y su exterior como si fuera interior. En realidad, como él comentó alguna vez, era como uno de esos animales dermatoesqueléticos, cuyos huesos son su piel. Ricardo Gullón propuso para toda su obra la calificación de «Autobiografía». Porque, efectivamente, Unamuno no hizo otra cosa que escribir una y otra vez, en una incesante introspección, sobre él mismo, sobre sus obsesiones y sus experiencias, en mayor grado y con más evidencia que la normal en cualquier escritor. Cuando lo leemos, siempre tenemos la sensación de estar oyendo a un amigo contando su vida.

Pero en él, en confirmación de su literatura autobiográfica, no hay frontera entre sus textos destinados al lector anónimo de sus libros y el lector concreto de sus cartas. No sólo son los mismos temas, tratados de la misma manera, sino que es el mismo yo frenético y desencajado, ubicuo y poderoso. Se ve que no sabía hacerlo de otra manera y que su vida y su literatura se mezclaban, como el resultado de un gran esfuerzo para ex-

presarse, que en él, tan comprometido consigo mismo, equivalía a ser, a tener ser. Porque, para él, el ser era el yo, la única realidad, y por eso escribía libros y escribía cartas para engrosar su yo, que era como engrosar su ser. Darse, mostrarse, para vivir en la conciencia de sus lectores, estimulando sus respuestas; existir en la comunicación, exponerse para recibir la mirada de los otros, como un Sartre al revés, para quien los otros no eran el infierno, sino el paraíso, el reconocimiento de su ser, que era su máxima preocupación, como le pedía a Salamanca: «Di tú que he sido».

De aquí lo que él llamó su «epistolomanía», que cultivó desde joven y que le llevaría a inundar el mundo de cartas, en una interminable labor de corresponsal que no perdonaba ocasión, ni destinatario, y que incluso le producía remordimientos por no dar abasto, contra sus deseos y, al parecer, contra su necesidad. Era como otra manifestación de su yo ciclópeo y precario, que exigía la colonización del universo para sentirse vivir. En una de sus cartas, cometió un lapsus, al que tampoco hay que darle más importancia que la que tiene un error de pluma, que demuestra este afán de posesión y de respuesta que su abundante literatura epistolar implica. El 24 de octubre de 1902, en la primera línea de una carta a su alumno, el prof. Bellogín, le confesaba, utilizando la fórmula habitual de las comunicaciones amistosas, a raíz del encabezamiento: «No sabe usted bien con qué alegría recibí mi (sic) carta, pues me agrada saber por dónde andan y qué vida corren mis discípulos».

Sorprende la enorme cantidad de cartas que a lo largo de su vida escribió Unamuno, conociendo su gran trabajo de escritor y de conferenciante, de profesor y de traductor y, por si fuera poco, de periodista y de político. Cuando yo preparaba mi libro sobre sus últimos seis meses de vida, *Agonizar en Salamanca*, todas las personas con las que me puse en contacto para recopilar datos e informaciones que me ayudaran en mi trabajo tenían alguna carta de Unamuno o conocían a alguien que tenía una carta suya, como si se hubiera pasado la vida escribiendo cartas, como otra forma de duplicar su existencia, de engrosar su entidad humana. Constantemente aparecen textos epistolares, con su enrevesada letra de mosquito, como él decía, que forman ya una dilatada colección epistolográfica, de gran valor hermenéutico y biográfico.

Esa frontera indecisa entre carta y texto literario se confirma con las cartas que Unamuno intercambió con Ganivet sobre temas españoles, que, aunque nacidas, indudablemente, con cierta vocación de ensayo, confirmada por su posterior publicación en forma de libro, con el título de *El porvenir de España*, fueron escritas inicialmente como intercambio epistolar entre dos jóvenes amigos, preocupados por los mismos temas y coincidentes en gran parte de sus ideas y de sus actitudes. Posteriormente, Unamuno no volvería a utilizar el medio epistolar para exponer su pensamiento de un modo tan articulado y completo; pero siempre dejaría para sus cartas corrientes retazos de sus proyectos, anticipaciones de los contenidos de sus libros y breves secuelas de las meditaciones, que vertía en sus obras de más envergadura literaria, en sus artículos de revistas y periódicos, en un flujo paralelo que completa y aclara el verdadero sentido de sus ideas y muchas veces las raíces en que se nutrían o los motivos que las inspiraban.

El interés por las cartas de Unamuno es antiguo y el descubrimiento masivo de esta faceta de su escritura ha propiciado algunos cambios de rumbo de la unamunología, como fue el caso de la publicación de sus cartas a Jiménez Ilundain, en el libro de Hernán Benítez, por lo demás tan limitado, sobre *El drama religioso de Unamuno* (Universidad de Buenos Aires, 1949), o la profundización en el conocimiento del joven Unamuno, a través de sus cartas a «Clarín» (Ed. Escorial, Madrid, 1941). También han contribuido a aumentar la luz sobre su biografía las *Cartas inéditas*, que Sergio Fernández Larrain publicó en Santiago de Chile, en 1965 y que reeditó, en 1972, en la ed. Rodas. Otras interesantes colecciones de sus cartas fueron las que publicó Joan Corominas, *Correspondance entre Miguel de Unamuno et Pere Corominas*, en el *Bulletin Hispanique*, de Burdeos, en los volúmenes LXI y LXII, correspondientes a los números 4 de 1959 y 1 de 1960, y las publicadas por Carmen Zulueva, con el título de *Miguel de Unamuno y Luis de Zulueva: Cartas (1903-1933)*, Madrid, Aguilar, 1972. Han ido apareciendo multitud de cartas, que se han publicado en libros o revistas, como las «Cartas a Ricardo Palma», dadas a conocer en *La Nación* de Buenos Aires (4 de junio de 1961) por Ciro Alegría, o las «Trece cartas inéditas de Miguel de Unamuno a Alberto Nin Frías», publicadas por Pedro Badanelli, en *La Mandrágora*, tam-